

ENTRE LA INSPIRACIÓN Y LA INSTITUCIÓN

Fe y Cultura

¿Todo empieza en mística y termina en política?, decía Péguy. Depende de lo que entendamos por ¿mística? y por ¿política?. Tal vez sería más exacto decir que muchas cosas empiezan con una ¿inspiración? y terminan con una ¿institución?. Decir esto no es emitir un juicio negativo. Toda inspiración necesita institucionalizarse para extender y para durar. Y una institución puede y debe mantenerse fiel a la inspiración que le dio origen. Hay carismas diferentes y que son complementarios. El ¿inspirador?, que muchas veces es un ¿inspirado?, puede carecer de los dotes de ¿organizador?.

Tal fue sin duda el caso de Francisco de Asís. Y necesitaba un organizador que diera estructura y solidez a su inspiración. Fue lo que pretendió hacer el Hermano Elías. Y hay hombres de institución que logran permanecer absolutamente fieles al carisma del fundador que la inspiró: tal fue, en la Orden Franciscana, lo que realizó San Buenaventura.

Pero muchas veces hay tensión entre un fundador carismático y un institucionalizador pragmático. El caso de Francisco de Asís y del Hermano Elías se ha repetido mil veces en la historia. La institución tiende a rebajar el ideal inicial para ponerlo al alcance de todos. Es la ¿pérdida del fervor del amor primero? de que habla el autor del Apocalipsis. A esta tendencia responden los ¿reformadores? quienes, de cuando en cuando, reaniman ese amor primero: no siempre les resulta fácil la tarea.

Religión de pocos y religión de todos

En el caso de la Iglesia Católica en el Chile de hoy, el problema se presenta mas complejo. Estamos frente a una Iglesia que lleva cuatro siglos evangelizando el país. Que ha penetrado la familia, la escuela, la cultura, la vida económica, social y política. Que se ha extendido al campo y a la ciudad, entre los ricos y entre los pobres, entre analfabetos e intelectuales. Es la religión de todos, o al menos la de una gran mayoría.

Una religión de todos no puede ser una religión de santos. No puede ser pura ¿mística? en el sentido de Péguy. Cuando se habla de todos o de las grandes muchedumbres hay que pensar en un gran porcentaje de personas ¿comunes y corrientes?. Entre ellos hay personas de mucha fe y de gran santidad de vida pero siempre serán los menos. En un curso numeroso los 6 y los 7 siempre serán escasos. Abundará la nota de cinco para abajo.

Una fe inculturizada

Pero hay algo más. Los misioneros que trajeron a Chile la fe durante los siglos coloniales tenían una cultura: la cultura española de los siglos XVI, XVII y XVIII. En contacto con los indígenas, nació una cultura mixta, la cultura mestiza, la que se expresó en el arte -en el barroco andino-, en la piedad, en la religiosidad popular. La situación se mantuvo a lo largo del siglo XIX y buena parte del siglo XX.

Hacia 1940, lo recordábamos, el Padre Hurtado, recién llegado a Chile después de pasar largos años formándose en Europa, dio una voz de alarma: la expresa en una pregunta: ¿Es Chile un país católico? Pregunta que podía desdoblarse en dos: ¿Sigue siendo Chile un país católico? ¿Ha sido Chile alguna vez un país verdaderamente católico?

¿Sigue siendo?

En cuanto a la primera pregunta -si sigue siendo- ella no tiene respuesta o mejor dicho la respuesta es la pregunta misma. Si nos hacemos la pregunta, es que algo pasa. No cabe duda que algo se fue desintegrando a lo largo de los siglos XIX y XX. Las causas ya las vimos. El proceso afectó en una primera etapa a las elites intelectuales, a los sectores dirigentes del país y se extendió poco a poco a los sectores medios y a las clases populares, en la ciudad primero y luego en el campo. La Iglesia Católica en Chile ha resistido bien esta embestida. Conserva una gran estabilidad, aun diríamos una renovadora vitalidad, en todos los sectores; pero, como en otras partes, ha perdido terreno.

De ser la única fuerza religiosa, espiritual e incluso intelectual del país, ha pasado a vivir en un ambiente pluralista que comparte con otras religiones -aunque en su mayoría cristianas- y con otras corrientes intelectuales y espirituales. Esto lo observaba el Padre Hurtado pero veía también que la Iglesia no tenía la capacidad -en particular por escasez de clero- de atender en forma óptima a todos sus fieles. Tampoco tenía los recursos necesarios para atender a todo lo que el pueblo de Dios esperaba de ella.

¿Ha sido alguna vez?

En cuanto a la segunda pregunta ¿ha sido Chile alguna vez un país verdaderamente católico?, no vamos a tratar de darle aquí una respuesta. Ya hemos dicho que cuando un país entero participa de una misma religión, no se puede esperar una unanimidad en la perfección de la fe, del culto y de la vida. Además cuando un país entero es o pretende ser católico, siempre lo será dentro de la cultura que le es propia, tomando en cuenta su historia y su geografía, según la manera de ser de sus habitantes y, lo que parecerá a algunos una buena realización de la fe católica, podrá aparecer a otros que pertenecen a otras culturas, como una realización deficiente. El futuro Cardenal Newman, sacerdote anglicano se había persuadido que la Iglesia Católica conservaba la fidelidad a Cristo y que debía pasar de su Iglesia Anglicana a la Iglesia Romana. Demoró siete años en dar el paso. El había visitado varias veces Italia y se le hacía muy difícil abandonar su Iglesia, inglesa como él, para entrar a la Iglesia Romana que pertenecía a una cultura tan diferente de la propia. Cuando dio el paso, había comprendido que la cultura católica no es italiana, ni romana, que puede ser inglesa, porque es y aspira a ser universal. La respuesta a la pregunta de si ha sido Chile alguna vez verdaderamente católico deberá tomar en cuenta esos factores.

La cultura también cambia

Otro factor se agrega. La cultura del pueblo chileno ha cambiado y sigue cambiando, como va cambiando la cultura universal. Dijimos que cuando una religión ha logrado a lo largo de los siglos integrarse a una cultura en la que se amalgaman la cultura de los mismos evangelizadores y la de los evangelizados, la cultura que llamamos cultura 'colonial', -que se continúa después de la Independencia-, se produce una simbiosis entre la cultura y la fe. La cultura pasa a ser una cultura 'católica'. Y la fe católica se vive dentro de esa cultura. Fe y cultura se apoyan mutuamente.

¿Y qué pasa cuando esa cultura cambia? Algunos de los factores que hemos señalado anteriormente como debilitadores de la fe, no afectan tanto a la fe como a la cultura que sirve de substrato a esa fe. Para algunos se produce una crisis en su fe. Para muchos otros la fe permanece fuera de cuestión pero ven cada vez más difícil vivirla en el marco de una cultura que sienten como obsoleta y superada.

La juventud en particular cuestiona, más que la fe, su presentación en el marco de una cultura que ya no es la de ella. Rechaza la manera tradicional de expresar y de vivir la fe de las generaciones anteriores y busca nuevas formas de vivirla en esta nueva cultura juvenil que es la de ellos. Muchos jóvenes no van a Misa el domingo, con gran escándalo de sus mayores, pero se sacrifican en trabajos de verano, sirven en las poblaciones marginales, peregrinan por millares al Santuario de Santa Teresa de Los Andes y, en el reciente Encuentro Continental, centenares de miles de ellos llenaron con su sana alegría las calles y los parques de Santiago. Y muchos de ellos se integran a 'movimientos apostólicos' juveniles, de extraordinaria vitalidad religiosa.

Descubrir, no memorizar.

Una característica de la juventud de hoy es que no acepta la verdad como algo que las generaciones anteriores recibieron de sus antepasados, o encontraron por sí mismas, y ahora les transmiten. Sienten la necesidad de descubrirla ella. Pareciera que descubrir fuera más importante que recibir. 'No quieren maestros, decía Paulo VI, quieren testigos. Y solo aceptan los maestros cuando son también testigos'. Observan a los adultos. Distinguen a los que hablan bien y a los que viven bien. Respetan a los que son auténticos, cualquiera que sea su convicción. Ellos buscan la verdad, y a medida que la van descubriendo la viven. Pero no sienten ni el deseo, ni la posibilidad, de asimilar un paquete de verdades que se les entrega en nombre de una 'autoridad' que no les parezca 'inspirada' y 'comprometida' en la vida.

Algo parecido ocurre, ya lo vimos, en el campo de la educación. El profesor, se nos dice, no debe enseñar, ni debe el alumno memorizar lo que le enseñan. El profesor debe enseñar a aprender. Y el alumno debe aprender con su propio esfuerzo, debe 'investigar' por su cuenta. El adhiere a lo que él descubre: es la educación activa. Sabemos también que esta metodología suele ser fuertemente criticada. Pero es un factor de nuestra cultura actual.

Inculturizar y desculturizar

La fe que penetra una cultura la purifica, la humaniza y la dignifica. La cultura a su vez facilita la transmisión y la vivencia de la fe. Pero también la deforma, la particulariza; ya no es la fe de los orígenes: es la fe tal como la entienden y la viven los que comparten esa cultura. Esa fe inculturizada pasa difícilmente a otra cultura, no porque esa cultura la rechace en sí, sino porque rechaza la cultura en la que viene integrada. Es la dificultad de la misión. La fe del misionero sedujo muchas veces a los colonizados. Pero su cultura era rechazada por él y le resultaba difícil separar la fe original, de una cultura particular, para integrarla a su cultura propia. El milagro se logró muchas veces, por la fuerza del Espíritu y por la santidad y el desapego de los misioneros. Pero siempre fue difícil. El misionero tuvo que hacer un esfuerzo heroico para desprenderse de su propia cultura, por lo general europea, entrar en la cultura del evangelizado y ofrecerle su fe desculturizada para que pudiera ser integrada por el misionado en su cultura indígena.

La Iglesia Católica se encuentra abocada hoy a una situación parecida. Debe aprender a desprenderse de la cultura que hoy aun prevalece, la tan manoseada "cultura cristiana occidental", reconocer todo lo que hay en ella de ajeno y aun de contrario al mensaje evangélico y liberar, por así decirlo, ese mensaje del contexto cultural en el que se expresa y con el que a menudo se le confunde.

Hay que volver a los orígenes. Pero no quedarse en un "primitivismo" que es también una cultura, para nosotros obsoleta. Hay que recorrer la historia, discerniendo en ella lo que es acción del espíritu, que mantiene la fidelidad al mensaje original y, al mismo tiempo, va explicitando lo que en él está implícito y va presentándolo con colores nuevos a las diversas generaciones y a las diversas culturas. Y, al mismo tiempo, hay que saber desprender ese mensaje de los aportes negativos con que ha sido contaminado a lo largo de los siglos. Y presentar al mundo de hoy, a las culturas de hoy, el Evangelio libre de las contaminaciones de este siglo, tan lleno de escorias, de miserias y de lacras como lo han sido todos los demás.

Es el esfuerzo, no siempre bien comprendido, que está haciendo Juan Pablo II desde hace algunos años al reconocer públicamente los errores históricos cometidos por algunos pastores de la Iglesia: la condenación de Galileo, la inquisición y otros más. Es cierto que esos mismos errores los cometieron también otras religiones y otros grupos humanos. Que poco pueden "tirar la primera piedra". Quedan culpas de los tiempos más de tal o cual persona o institución. Pero aun así: es bueno que los pastores actuales de la Iglesia reconozcan que se cometieron errores y que se pida perdón por ello. Ejemplo que talvez otros imitarán.

El alma, el cuerpo y la vestidura.

Para los cristianos, el "inspirador" es Cristo, y después de El y junto con El, el Espíritu Santo; y el mensaje evangélico es la inspiración. Para los católicos, ese mensaje ha sido "institucionalizado" en la Iglesia por voluntad divina. El "alma" de la Iglesia es el Espíritu. Su "cuerpo" es Cristo y de todos los que estamos incorporados a él por la fe y por el bautismo. Pero ese cuerpo usa una "vestidura" que varía según el tiempo y lugar, según la cultura en que el mensaje es recibido. El traje cambia y debe cambiar. Puede

haber sido muy hermoso y seguir siéndolo, pero ya no se usa. Una catedral gótica es tal vez insuperable en su belleza pero corresponde a un tiempo que pasó. Hoy día la Iglesia necesita otra vestimenta, correspondiente a la cultura actual. La doctrina, en lo substancial, no puede cambiar. Hay una originalidad del mensaje bíblico al cual la Iglesia siempre permanecerá fiel, conservando su autenticidad y su continuidad a través del tiempo. Pero ese mensaje debe desligarse de una terminología en desuso, que corresponde a sistemas filosóficos o a visiones científicas superadas y expresarse en términos diferentes, más de acuerdo con el estilo y con el gusto de las nuevas generaciones. Esto, la Iglesia lo ha hecho siempre: siempre tuvo el estilo de su tiempo y lugar, "judía con los judíos", "griega con los griegos", "latina con los latinos" y ahora "del tercer milenio para los del tercer milenio". La enorme repercusión que tuvieron en Chile o en cualquier país de nuestro continente, "Ecclesiae Nuntiandi" de Paulo VI o el documento de la Conferencia de Puebla muestran cómo reacciona el pueblo de Dios cuando sienten que sus pastores hablan su lenguaje, el de hoy.

El culto también debe renovarse. El uso de la lengua vernácula en la liturgia, la multiplicación de pequeñas comunidades de base, el auge del canto y de la música entre los jóvenes, el gusto por los actos multitudinarios, el deseo de participación activa más que de asistencia pasiva, un mayor espíritu de creatividad y de espontaneidad explican cambios que ya se han producido, a veces al margen de las normas oficiales, e indican un camino de futuro. Es típica la evolución producida en el uso del sacramento de la penitencia o en la comunión en la celebración eucarística. O la participación decisiva de los padres en la preparación a la Primera Comunión de sus niños.

La moral se percibe hoy día más como un llamado a la santidad que como un catálogo de preceptos y de prohibiciones. Frente a situaciones objetivamente inmorales, los pastores solemos señalar culpables que deben arrepentirse; los fieles, en cambio muchas veces se sienten víctimas de circunstancias complejas que los superan y piden comprensión y ayuda. En el reciente Sínodo de Santiago se oyó un clamor unánime: queremos una Iglesia paternal y maternal, una Iglesia misericordiosa, que no juzgue ni condene sino que comprenda, ayude y aliente. La Iglesia, o mejor dicho la fe, debe aparecer como la liberadora de todas las adicciones, de todas las dependencias, no solo a la droga, al alcohol o al sexo, sino también al dinero, al consumo y al yo, y la promotora de la sencillez de vida, de la pureza de corazón, de la pareja unida, de la familia integrada, de la solidaridad y de la construcción de un futuro justo, portador de amor y de alegría.

La misma estructura administrativa de la Iglesia podría también simplificarse, flexibilizarse, adecuarse a tiempos difíciles. Obispos, presbíteros y diáconos serán cada vez menos funcionarios de una organización poderosa y cada vez más anunciadores kerigmáticos de la fe y animadores del pueblo de Dios en el camino de la perfección evangélica. Y compartiremos cada vez más con todos los cristianos, con todo el pueblo de Dios, las responsabilidades eclesiales y se enriquecerán con los aportes de cultura, de experiencia, de disponibilidad y de colaboración que están siempre dispuestos a ofrecer.